

## DIA DIEZ Y SIETE.

## EL JAZMIN,

Ó SEA:

## LA OBSERVANCIA DE LA LEY.

*Tollite jugum meum super vos... et invenietis requiem.*

Tomad mi yugo sobre vosotros... y hallareis el reposo.

(MAT. XI, 29.)

Al abrigo de algun alto muro, y rodeado de olorósimas rosas, veis, á veces, crecer magestuoso, mis amados hermanos, elevando sus tallos hácia lo alto al delicado Jazmin. Variada en sus colores dicha flor, unas veces aseméjase á la blanca nieve, otras al oro más brillante; y no pocas, os encanta por aquel color de púrpura tan vivo, con el cual se colora y embellece. Sus flores son múltiples, formando grupos y penachos distintos; sus hojas son diversas, dobles y opuestas entre sí, de forma ovalada y puntiaguda, simples y alternadas; sus diversos tallos son angulosos, flexibles y frondosos; y no obstante, ¡cosa maravillosa! hermanos míos; sumisa dicha planta al querer del agricultor que la dirige, la vereis siempre guardando la posición que le fué, desde el principio, señalada. Por eso aquí, la veis inclinarse hácia abajo, para levantarse de nuevo con sus flores hácia arriba; y allí, formar con su ramaje un tejido el más maravilloso y sublime; acá, se ostenta como una hermosa cascada; acullá, os presenta unas guirnalda's las más sorprendentes y magníficas; unas veces, extiende y despliega sus tallos y os seduce por la excelencia de su verdor; otras, los recoge como para deleitar la mirada con estudiadas figuras; en todas partes, en fin, la veis sometida al arte ó á la naturaleza; siempre dócil á la mano del que la cultiva.

Carísimos hermanos; nosotros somos, igualmente, sarmientos, y

sarmientos de una vid muy fructífera, omnipotente y divina: *Ego sum vitis*, dice N. S. Jesucristo; *ego sum vitis, vos palmites* (JOANN. XV, 5); nosotros somos, igualmente, plantas del místico jardín, regadas con la sangre de Jesucristo, y nuestro cultivador es el Altísimo: también nosotros hemos sido colocados en la tierra para ocupar nuestra posición, diversa en todos nosotros, según la diversidad de los talentos, del estado y de la vocación; y á ese fin nos ordena y dirige el celestial Agricultor; mas, ¿acaso, cual los flexibles tallos del delicioso jazmin, nos sometemos obedientes á los eternos principios de nuestro Agricultor? Y prescindiendo ahora de toda otra razón, ó pregunta: ¿abrazamos, practicamos, y observamos, por ventura, aquella ley fundamental, que á todos incumbe, indistintamente, y es, igualmente, necesaria en todo empleo, en todo estado, y en toda condición?

¡Ah! hermanos míos, si sondeais vuestra conciencia, sólo oireis la voz del remordimiento, contestando á tales preguntas. No es ese, no, ciertamente, el ejemplo que de ello nos ofrece nuestra Madre Santísima. Cual místico y obedientísimo Jazmin, Ella encaminaba todos sus pasos, y enderezaba todos sus senderos, según la voluntad del Altísimo, sin que motivo ni reflexión alguna fueran capaces de apartarla de su firme propósito. ¿Qué os detiene, pues, carísimos hermanos? si sois hijos de María, imitadla: sus ejemplos os son manifiestos. Si sois plantas del jardín de la Iglesia, someteos á las leyes que os impone el divino Agricultor.

Empero, harto claro veo que os excusais, pretendiendo, que esa ley es demasiado dura, y desproporcionada con la naturaleza de unos seres, cuales sois vosotros, débiles y miserables; que es superior á vuestras fuerzas, debilitadas por la culpa y el pecado; sí, vosotros os excusais, diciendo ¡desdichados! que esta ley, acá en la tierra, anula y empobrece á los que la observan; que no es posible esperar de ella ventaja alguna en el mundo del exacto cumplimiento de la misma; y que ántes bien ella os condena á la angustia, al oprobio, al envilecimiento y á la infamia: por eso, rebeldes á nuestro Agricultor, dirigís vuestros tallos á vuestro antojo, tomando la dirección que mejor cuadra á vuestros deseos, vuestras tendencias y vuestras naturales inclinaciones.

¡Ah, hijos alucinados! vosotros sois arrastrados al error por aquel mismo mundo que os persigue! ¿No veis aquella púdica Virgen, que, semejante en su aspecto al variado Jazmin, cándida como la nieve, resplandeciente como el sol, y cuyas mejillas encendidas se parecen á la púrpura, se dirige hácia el Templo, para someterse á

una purificacion no necesaria? ¿No la veis santa ya, y enteramente colmada de perfecciones, buscando en el cumplimiento de la ley, nueva gracia y nuevo fervor? Esa es vuestra Madre, que os llama con su ejemplo á la observancia de la ley santa de Dios, puesto que esa ley es fácil en sus actos, y fecunda en sus frutos. Examinémosla con atencion; y la facilidad de la ley, junto con su utilidad, hará de nosotros en el jardin de la Iglesia, unos tallos flexibles de espiritual Jazmin, sometidos á la voluntad de nuestro Agricultor, de nuestro altísimo Dios. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Tomad, decía N. S. Jesucristo á las muchedumbres, tomad mi yugo sobre vosotros: *Tollite jugum meum super vos* (MATTH. XI 29); tomad mi yugo, y hallareis el reposo para vuestras almas: *invenietis requiem animabus vestris* (Ibid); porque suave es mi yugo y ligero el peso mio: *jugum meum suave est et onus meum leve* (Ibid. 30).

Mis amados hermanos; si hubiere alguno entre vosotros, que considerase demasiado duro el yugo de Jesucristo, insoportable su ley; si hubiere entre vosotros alguno que, para eximirse de la observancia de la misma, creyera deber excusarse con la debilidad de sus fuerzas, la flaqueza de sus hombros, y lo enfermizo de su naturaleza; ¡oh! que se muestre y que se adelante ese sér, al cual yo no sabría como llamarle, si extraño, ó cobarde; que se muestre, repito, que se adelante, y exponga á Jesucristo mismo su debilidad, su enfermedad y su flaqueza.

¡Dios sapientísimo! Vos, criador del hombre; Vos, el promulgador de la ley que le fué impuesta; Vos nos estais diciendo en alta voz, que dicha ley es suave, ligero su peso, que ella trae á las almas la paz, el contento, y la alegría; y siendo así, ¿osarán vuestros siervos decir, que tal yugo es duro, insoportable y oneroso? Y ¿pudiéramos, acaso, suponer, hermanos míos, que mostrándose Dios tan solícito de nuestro bien, tan amante de nuestra felicidad, y tan piadoso en sus decretos, haya querido imponernos una ley desproporcionada á nuestra debilidad, á nuestra miseria y á nuestra naturaleza? ¡Pues, qué! ¿por ventura no conocia Él la fragilidad de la materia de que estamos compuestos? ¿Le era, acaso, desconocida la miseria de nuestro espíritu? Y si Él la conocia, si no le era ignorada, ¿cómo pudiéramos soñar siquiera, que nos haya querido oprimir bajo una carga la más onerosa y pesada?

Suponer que Dios no supo armonizar la fragilidad con la carga, y la miseria con el peso, fuera una blasfemia la más execrable y sacrilega. No, hermanos míos, un Dios de sabiduría, que impone, cual

Padre á sus queridos hijos, una ley, no pudo ménos de hacerla proporcionada á las fuerzas que miraba en ellos; no pudo dejar de hacerla dulce, suave y facilísima para sus corazones. Y á vosotros, sí, á vosotros mismos apelo ahora sobre ello; á vosotros dejo el imparcial juicio sobre este punto.

Decidme, pues; cuando el hombre ve que ha cumplido la ley, y sabe que ha permanecido fiel á Dios, ¿qué paz no siente en el fondo de su corazon, qué tranquilidad en su conciencia, que gozo en su espíritu? ¿No es, acaso, en tales actos, cuando experimenta el refrigerio que le prometió Jesucristo, con aquellas amorosas voces: Venid á mi todos los que estais trabajados y cargados, y yo os aliviaré? *Venite... ego reficiam vos* (MATTH. XI, 28).

¡Ah! confesémoslo, mis amados hermanos; confesemos esa verdad, al comparar el yugo de Jesucristo con aquel yugo arbitrario, al cual el hombre se sujeta voluntariamente, viviendo apartado de la ley santa de Dios. Interrogad á aquel avaro, que dice, que es insoportable el yugo del Evangelio. ¡Dios mio! ¿serán, pues, dulces y suaves aquellas angustias, aquellos temores, aquellas mortales zozobras, que van unidas al culto que rinde á su despreciable metal? Interrogad á aquel impúdico, que pretende que dicha ley no fué hecha para el hombre, sinó para los Angeles: ¡santo Dios! ¿serán, pues, hechas para el hombre aquellas atroces sospechas, aquellas insufribles impaciencias, aquellos terribles celos, que acompañan á su impío delito? Interrogad á aquel hombre vengativo, que llama duro el perdon, penosa la paz é insoportable el saludo al prójimo: ¡Dios justo! ¿será, pues, ligera aquella perturbacion de la inteligencia y del semblante, aquella pérdida de la seguridad y de la paz, aquel cúmulo de temores y de ansiedades, que siguen á todas partes á la desenfrenada venganza? Interrogad á todos los pecadores que quebrantan la ley, sacuden el yugo y pisotean la carga: ¡cuán miserables no son todos ellos en medio de su ceguera! cuán dignos de lástima y de nuestras lágrimas! ¿Y, puede ser suave el remordimiento, que acompaña á la culpa; la incertidumbre, que es la recompensa de los impíos; la inquietud, que jamás abandona al malvado?

No quiero negarlo, sin embargo, hermanos míos; la ley es contraria á la satisfaccion de las pasiones; la ley es una carga para la carne; la ley es un yugo para la materia corrompida; y esa ley repugna á la soberbia, mortifica á la lascivia, y se opone á la avaricia: mas ¿osáramos decir, que el hombre fué criado para satisfacer la avaricia, la lascivia y la soberbia? ¿Pudiéramos envilecer, pues, hasta tal grado á ese sér tan grande, tan noble y tan glorioso? ¡Ah!

considerélo tal, en buen hora, el libertino y el malvado; en cuanto á nosotros, admiraremos en el hombre al sér más glorioso de la tierra, y como á tal, colocaremos en la observancia de la ley sus verdaderas glorias. El hombre podrá sentir, lo concedo, la repugnancia de los sentidos, la fragilidad de la naturaleza: pero, ¿qué socorro no hallará, por otra parte, en la gracia de su Dios, qué delicia al estrecharse con su Padre celestial?

Hé aquí, carísimos hermanos, lo que hace fácil y suave la ley. No estamos solos cuando la observamos; con nosotros está la gracia de Dios; ella es la que cura la fragilidad de nuestra naturaleza; ella la que disipa las tinieblas de la ignorancia; la que allana los obstáculos que nos salen al paso; la que da fuerzas á nuestro ánimo, valor á nuestra voluntad, magnanimidad á nuestro corazón. Y con esa gracia de Dios bien podemos exclamar con el Salmista: ¡Ah! cuán dulces son, Señor, en mis lábios vuestros preceptos! *Quam dulcia faucibus meis eloquia tua!* (Ps. cxviii, 103). Y precisamente, á causa de la gracia de Dios, podemos repetir con el Apóstol: todo lo puedo en Aquel que me conforta: *Omnia possum in eo qui me confortat* (PHILIP. iv, 13). Por último; por medio de la gracia de Dios llegamos á ser tallos en el jardín de la Iglesia; pero, tallos flexibles de olorosos Jazmines.

¡Ah! en este caso, ¡cuán admirablemente nos asemejamos á nuestra Madre Santísima, al verdadero y espiritual Jazmin, cuyos odoríferos y flexibles tallos no tomaron otra dirección que aquella que le plugo imponerles el celestial Agricultor!

Para demostraros la obediencia de María, mis amados hermanos, sólo citaré un hecho, con preferencia á muchos otros que pudiera aducir en este lugar.

Habiendo sido fecundada por el Espíritu Santo, y elevada á la dignidad de Madre de su mismo Criador, María no había contraído mancha alguna, ni ninguna impureza legal. Conocedora, sin embargo, de aquella ley, que obligaba á toda mujer, después de su parto, á purificarse en el Templo santo de Dios, á él se dirige con presteza apenas amanece la aurora del día prescrito. Mas ¡ay! ¿qué es lo que vais á hacer, oh María? Vos, que os mostrasteis tan celosa de vuestra pureza virginal, hasta el extremo de renunciar, por tal causa, á la excelsa dignidad de Madre de Dios; Vos, vais á confundiros con las inmundas hijas de Adán? quereis asociaros con las que, para llegar á ser madres, han perdido la flor de la virginidad? quereis aparecer, como ellas, despojada de vuestro candor, con vuestra Azucena marchita, inmunda en vuestro cuerpo santísimo? ¡Ah! detened, pues, oh Virgen

santísima, vuestro paso! En Vos no hubo mancha alguna que deba ser purificada; inmaculada es vuestra Azucena, intacto se halla vuestro candor. Considerad, ¡oh María! la dignidad de que os hallais revestida, los privilegios que os adornan, las gracias que os subliman. Vos sois superior á la ley; ésta no os comprende en manera alguna. Si dais un paso más por tal camino, si penetrais en el Templo, si ofreéis allí á vuestro Hijo, no olvidéis, que renunciáis á vuestra propia dignidad; que rebajáis, igualmente, el honor de vuestro Hijo: en este caso, le mostrareis á la faz de la tierra como todos los demás hijos de Adán, manchado, contaminado, pecador.

Pues bien; ¿qué contestáis á todo eso, oh María? Escuchadla, hermanos míos: Ella no profiere otras palabras que estas: así lo quiere la ley; hágase así, pues: harto dulce es para mi alma su observancia.

¡Ah! apresuraos de una vez, carísimos hermanos, á ser verdaderamente fieles al Señor. Recordemos, que si Él nos ha dado su ley, quiere que la observemos; y que, en suma, esa ley es dulce, fácil y suave: *Jugum meum suave est, et omnis meum levis*.

Empero, bien echo de ver ahora, hermanos míos, que para inculcaros el amor de la ley, de poco serviría probaros la facilidad de su cumplimiento, si al mismo tiempo no os manifestase la utilidad de su observancia. Sí, cristianos; no sólo es fácil observar la ley; es, además, útil y provechoso.

¿Hay alguno entre vosotros, decía el moribundo Matatías, que suspire por la gloria, la grandeza y los honores? Acuértese, pues, de nuestros padres, y de cuanto ellos hicieron para llegar á ser grandes. Abrahán ¿no fué, por ventura, hallado fiel en la prueba que de él se hizo, y le fué imputado esto á justicia? José, en el tiempo de su aflicción, observó los mandamientos, y vino á ser el señor de Egipto. Finés, porque se abrasó en celo por la honra de Dios en la ignominiosa conculcación de la ley, mereció la promesa de su sacerdocio eterno. Caleb, por el testimonio que dió en la congregación del pueblo, recibió una herencia. David, por su misericordia, se adquirió para siempre el trono del reino. Elías, por su abrasado celo por la ley, fué recibido en el cielo. Los tres niños de Babilonia fueron librados de las llamas por su fé. Daniel, por su sinceridad, fué librado de la boca de los leones. Y á este modo, id discurriendo de generación en generación: todos aquellos que ponen en Dios su esperanza, no desfallen.

Vosotros, pues, hijos míos, sed constantes, no os amedrenten los fieros del hombre pecador: obrad vigorosamente en defensa de la

ley; pues, ésta será la que os llenará de gloria. Eso es, precisamente, hermanos míos, lo que obtienen los fieles observantes de la ley. Esos son aquellos á quienes todo sonríe; esos son los que nadan en la abundancia; esos son los que gozan en la tierra de las delicias del cielo.

Pues qué! ¿pudierais, acaso, creer, que al impío ha de aprovecharle el quebrantamiento de la ley? Si así lo creyereis, os engañaríais ciertamente. Que vengan aquí, pues, esos héroes, que cifran su suerte en la infracción de la ley santa de Dios. ¿Son, por ventura, esos tales, reyes ó soberanos? En tal caso, serán execrados por sus súbditos, por sus pueblos, por sus naciones. Y ¿podrá decirse, que siendo aborrecidos, reportan algún bien, y les es útil su transgresión? ¿Son esos transgresores, poderosos y temidos? En tal caso, no se hallará de seguro, quien sienta hácia ellos un sincero afecto, quien les mire con ojos benévolos. Y ¿pudierais llamar á un tal poder, un verdadero beneficio obtenido con su impiedad? ¿Son esos tales hombres de fortuna, hombres colmados de riquezas? En este supuesto, punza sus almas una espina cruelísima; les atormentan, á un tiempo mismo, la codicia y el temor; y este temor nunca está exento de sospechas. Y ¿pueden esos tales, por ventura, llamarse felices en medio de su infelicidad?

Y no me digais ahora, mis amados hermanos, que mientras tanto, esos hombres prosperan, que disfrutan de todos los bienes de la tierra, y nadan en la opulencia y la abundancia. ¡Ah, cristianos! sondead por un momento el interior de tales hombres; observad aquel gusano que está royendo continuamente sus corazones, es decir, el remordimiento. Mirad cómo ese remordimiento está acibarando todos sus goces, cómo les hace miserables en medio de sus propias riquezas. Eso os está revelando su rostro, en el cual nunca podreis encontrar una afable sonrisa; eso os está indicando su mirada, en la cual jamás puede traslucirse la tranquilidad; eso os están diciendo sus conversaciones, con las cuales nunca se mezcla una palabra de paz, de consuelo y de alegría.

¡Ah! sí, sí; el verdadero bien, el verdadero provecho y la verdadera utilidad, sólo se encuentran en la observancia de la ley. Aquellos que la observan, son los benditos del cielo, según la promesa hecha á Abrahán. Esos son la porción escogida por Dios, según la promesa hecha á Moisés. Esos son los dignos de las misericordias divinas, según la promesa hecha á los Hebreos. Tales hombres podrán hallarse, tal vez, no lo niego, afligidos por los pesares, oprimidos por la miseria, perseguidos por los enemigos; mas ellos poseerán la

paz del corazón, la tranquilidad de la conciencia, la serenidad del ánimo. Ellos podrán sufrir, es cierto; mas su sufrimiento será suavizado por los gozos espirituales, por los consuelos celestiales y los favores divinos. Ellos serán agradables á Dios, bendecidos por Dios, amados de Dios. Dios será su refugio, su consuelo, su todo. ¡Animo, pues, oh cristianos! apliquémonos á la observancia de la santa ley, que, además de ser tan suave en sí misma, es útil y fructuosa para nosotros.

Demostremos ahora una mirada á nuestra Madre María. Ella, cual místico y espiritual Jazmin, dócil siempre á la mano del Agricultor supremo, sigue sus impulsos, sus movimientos y su voluntad; y si puede ser doloroso para su alma la generosa obediencia, halla, sin embargo, la compensación en aquellas admirables Rosas, con las cuales se entrelazan los olorosos Jazmines, según os he indicado en el exordio de este discurso. Si, mis amados hermanos; la felicidad de María en la observancia de la ley santa de Dios, bien pudo, á primera vista, parecerle á Ella como una causa de aflicción y de dificultades, atendiendo á la profecía que le anunciaba futuros dolores. Empero, hermanos míos; ¿quién fuera capaz de calcular el gozo de su venturoso corazón, cuando vió desatarse la lengua del santo anciano Simeón para ensalzar las glorias de Dios; cuando oyó que Ana, la profetiza, entonaba el cántico del reconocimiento y del amor? ¡Ah! entónces su corazón fué colmado de alegría, lleno de júbilo, de dicha y de contento. Entónces Ella, con sobrada razón, llamó bienaventurado el momento en el cual, sumisa á la ley, presentóse en el Templo; consideró dichoso aquel día, infinitamente amable á aquel Dios, que le había concedido y preparado tantas alegrías en recompensa de su fidelidad en la observancia de la ley. Entónces fué cuando su espíritu extático levantóse de esta baja región, y fué á reposar en la contemplación de Dios.

Y lo que le sucedió á María, en la Purificación, verificóse también en Ella cuantas veces, cual flexible tallo de variado Jazmin, se mostró obediente á la voluntad de Dios. Para obedecer al divino Agricultor, dirígese á la casa de Elisabeth; y allí, cual dadivoso Jazmin, mézclase con las Rosas, por las saluciones que recibe de su venturosa cuñada. Para obedecer al divino Agricultor, Ella va á Egipto; y allí tampoco á ese delicioso Jazmin le faltan las Rosas, pues ve caer por tierra los ídolos Egipcios. Para obedecer al divino Agricultor, finalmente, asciende á la cumbre del Calvario; y allí extiende majestuosamente sobre el árbol, del cual pende su Hijo desangrado,

los olorosos tallos del más magnífico Jazmin; allí también, sobre aquel tronco mismo, ve aparecer las Rosas más preciosas y agradables, al oír que se la llama Madre de los hombres, corredora del mundo, salvación de la tierra.

¡Ah, cristianos! observemos también nosotros la ley santa de Dios, y sabremos, por experiencia, que no solamente es fácil, ligera y suavísima, sino, además, útil, fructífera y provechosísima. Digan, pues, lo que quieran los impíos de nuestro siglo; ridiculicen en buen hora á aquellos que se someten al yugo con alegría; agucen el ingenio para probar, á su manera, que esa ley no existe, que la libertad humana no ha sido coartada por Dios; marchen, si así les place, por los anchos senderos de la iniquidad y del pecado: ¡desventurados! y cuán dura no es la culpa para vosotros! de cuántas amarguras no es ella para vosotros la infausta mensajera!

Carísimos hermanos; iluminados esta noche por el ejemplo de María, hemos reconocido la facilidad y la utilidad de la ley; empece-mos, pues, desde luego, una vida verdaderamente cristiana. Desde este momento, sea para nosotros sacrosanta la ley; desde este momento, procuremos no cometer acción alguna, que no sea según el espíritu del Evangelio.

Y Vos, Virgen fidelísima, que obediente siempre, cual flexible tallo del místico Jazmin, os mostrasteis pronta á la observancia de una ley, que en manera alguna os obligaba; Vos, que quisisteis observarla, aún á costa de aparecer en presencia de los hombres mancillada é inmundada; ¡ah! excitadnos al cumplimiento de aquella ley, que dictada para nosotros, lejos de humillarnos, hace, por el contrario, á cuantos la cumplen, dignos de alabanza, de recompensa y de honor. Dicha ley, ¡ay! ha sido tantas veces despreciada hasta ahora por nosotros, y despreciándola, hemos despreciado, igualmente, á vuestro Hijo Jesús; mas ya nos arrepentimos de ello, y nos sentimos contritos de pesar. Ayudadnos Vos, pues, ¡oh Madre nuestra! para que, principiando desde hoy á observarla, podamos, después de haber experimentado cuán fácil es su cumplimiento en la tierra, subir al cielo, á gozar de los inmensos beneficios que ella acarrea, sus dulces frutos y su utilidad eterna.

## DIA DIEZ Y OCHO.

### EL ELIÓTROPO,

Ó SEA:

LA SANTIDAD PARA TODOS.

*Sancti eritis, quia ego sanctus sum.*  
Sed santos, porque yo soy santo.  
(LEV. XI, 49.)

Saludad, hoy, mis amados hermanos, á la flor que ofrece más consuelos á vuestro corazón. El Eliótrope crece, florece en muchos lugares del místico jardín Mariano; en la cumbre del monte, no menos que en la espaciosa llanura, á la sombra de los bosques y de las selvas; bajo el abrigo de los árboles, no menos que al aire libre, expuesta á los rayos del sol más ardiente. Y esa flor embellecese en medio de las Violetas, adórnase entre las Azucenas, asociase con los Jazmines, aviénese con el Estramonio, no rechaza al Junquillo, no se separa de la Madreselva, osténtase al lado de las Rosas del brillo más deslumbrador. Su corola es rizada: dividida en cinco partes, es sencilla en sus extremidades. Su cáliz forma un tubo adornado, maravillosamente, con cinco dientes. Sus troncos son altos, sus tallos frondosos, y sus hojas abundantes. Sus flores, ¡ah hermanos míos! sus flores son estrellas hermosas y esplendentes; son astros maravillosos y sublimes, copia perfecta del sol que nos ilumina: y ora descuellan magestuosas sobre su tallo, ora se extienden lijeramente sobre el suelo; unas, distingúense por su color brillante de oro; otras, por su candoroso matiz azulado; estas, por lo pomposo de sus hojas; y aquellas atraen, sorprenden y enamoran por lo delicado de sus formas.

Mas, ¿cuál es, hermanos míos, el misterioso emblema de di-